

Drilling, fullback, scrum

Por fortuna, hay aspectos que salvan a **El jugador de rugby**, páginas interesantes, incidentes bastante logrados, momentos en que el lector siente experiencias inéditas, derivadas de los escenarios del relato y algunos de sus personajes.



EL JUGADOR DE RUGBY

Óscar Bustamante
Alfaguara, Santiago, 2008,
310 páginas, \$10.400.
NOVELA

Camilo Marks

Sería algo injusto, con seguridad cruel, desatinado, gratuito, reprochar los errores sintácticos, los descuidos, el amaneramiento, las incongruencias idiomáticas flagrantes, en fin, cierto desorden semántico y gramatical que persiste a lo largo de **El jugador de rugby**, última novela de Óscar Bustamante. Es un libro que le ha costado mucho trabajo y al que ha dedicado una enorme cantidad de tiempo y eso debe respetarse. Porque sería facilísimo despacharlo con enumeraciones de citas en que el autor incurre en los pecados aludidos y en otros, pero la obra, debido a lo que significa para el prosista, merece, por lo menos, una lectura cuidadosa, junto al rescate de todo aquello que sea susceptible de una valoración positiva. Por fortuna, hay aspectos que salvan a **El jugador...**, páginas interesantes, incidentes bastante logrados, momentos en que el lector siente experiencias inéditas, derivadas de los escenarios del relato y algunos de sus personajes. Lamentablemente, no siempre es así y ello puede deberse a varias razones.

Comencemos por decir que el deporte del título es apenas conocido en Chile y está lejos de ser muy popular incluso en Inglaterra, el país de origen, donde es practicado por chicos de clase media alta o alta, por lo que someterlos a numerosos encuentros y dar por sentido que vamos a entender lo que es *fullback*, *ingoal*, *try*, *tackling*, *drilling*, *scrum* resulta, por decir lo menos, abusivo. Antonio, el protagonis-

ta y alter ego de Bustamante, matriculado en una *public school* británica (internado particular) por capricho de sus padres, vive pasajeros instantes de gloria mientras funciona bien llegando hasta a desempeñarse con brillantez y fuerza en el incomprensible juego (Bustamante ni hace amago de explicarlo). El resto de **El jugador...** consiste en las pellejerías de este sudamericano inmerso en un medio hostil, brutal, violento, asesino, durante el período escolar, sus vacaciones un par de veces al año y el, en verdad, inverosímil desenlace de la historia.

Se ha derramado tanta tinta —y se han producido tantos dramas y filmes— sobre la homosexualidad latente o manifiesta al interior de estas peculiares instituciones masculinas, que Bustamante tiene escaso material para aportar al respecto. Con todo, su retrato del Father Leven, un atormentado sacerdote a quien le gustan los chicos y, en particular, Antonio, es acertado y presenta aristas desgarradoras. Glee Hill, la escuela católica en la que nuestro compatriota

debe convivir con rufianes o con amigos de tipo más intelectual, está sumida en la mojigatería victoriana, pese a que los hechos de **El jugador...** transcurren a mediados de la década del 50. Es extraño que los aspectos religiosos apenas sean rozados y que ni siquiera conformen un telón de fondo frente a los acontecimientos que se desarrollan, puesto que, de haberse incorporado, habrían servido para entender mejor las contradicciones y el clima moral de la trama. Si París bien valió una misa, en **El jugador...** no hay ni asomo de liturgia y Glee Hill podría ser un colegio laico, islámico, anglicano o adventista, con la sola diferencia,

meramente decorativa, de que los profesores son curas con sotanas.

Los compañeros más cercanos a Antonio son Vinski y Reed. El primero es descendiente de nobles polacos, mantiene un vínculo estrecho con Marja, su madre, aristócrata venida a menos, ha idealizado al padre a un nivel inalcanzable y sueña con regresar a la tierra de sus ancestros para liberarla del yugo stalinista (como sabemos, esto acaba de pasar, por lo que el niño ansía simples quimeras). Reed posee una poderosa inteligencia, un físico esmirriado, es un astuto manipulador y, de súbito, saca a relucir a Schopenhauer o a los poetas latinos (a propósito, **El jugador...** está tan sobrecargado

de textos romanos ahora desfasados, que muchas veces son insoportables). A medida que vamos dando vuelta las hojas del volumen, ciertos conflictos se revelan con un grado de claridad, en tanto otros quedan zambullidos en el opaco tono general de estas remotas aventuras. El enfrentamiento central es el que ocupa a nuestros héroes contra Harrison, el indis-

cutido matón del curso. El capítulo postrero, en el que este homicida displicente explica su filosofía a Antonio, mientras juega al pool sin pestañear, constituye una burda caricatura de un fenómeno que Bustamante es incapaz de explicar: ¿maldad despiadada? ¿*British coldness*? ¿arrogancia inconsciente?

Como vemos, **El jugador...** presenta escollos serios, el menor de los cuales no es la ausencia de crescendo dramático, la falta de evolución y profundidad en los caracteres o el talante mortecino de la intriga. Aún así, exhibe buenos pasajes y ellos son fruto indudable del empeño de Bustamante para componer esta narración.

ÓSCAR BUSTAMANTE

Nació en Talca, en 1941. Arquitecto de la Universidad Católica, pintor y deportista, a principios de los años 80 empezó a incursionar en la escritura. Es autor de las novelas **Asesinato en la cancha de afuera**, **Recuerdos de un hombre injusto**, **Explicación de todos mis tropiezos** y **Una mujer convencional**, así como de los relatos **El día que se inauguró la luz** y **Café cortado**.